



Portada: Albañiles, grabado de Eduardo Kingman

ÍCONOS

REVISTA DE FLACSO - ECUADOR

Nº 6. - Enero, 1999

Los artículos que se publican en la revista son de exclusiva responsabilidad de sus autores, no reflejan necesariamente el pensamiento de ICONOS

DIRECTOR FLACSO-ECUADOR
ARQ. FERNANDO CARRIÓN

EDITOR ICONOS
FELIPE BURBANO DE LARA

CO-EDITOR ICONOS
SEBASTIÁN MANTILLA BACA

CONSEJO EDITORIAL

HANS ULRICH BUNGER
FERNANDO CARRIÓN
MARIA FERNANDA ESPINOSA
CORNELIO MARCHAN
FELIPE BURBANO DE LARA

PRODUCCION: FLACSO- ECUADOR
DISEÑO: K&T Editores Gráficos
IMPRESION: Edimpres S.A.

FLACSO ECUADOR

Dirección: Av. Ulpiano Páez
118 y Patria
Teléfonos: 232-029
232-030 / 232-031 / 232-032
Fax: 566-139
E-Mail: coords2@hoy.net

ICONOS agradece el auspicio de ILDIS y Fundación ESQUEL

INDICE

ACTUALIDAD

De la caridad al bono solidario
EDUARDO KINGMAN 3

Indisciplina y deslealtad en el Congreso
ANDRES MEJIA 13

Los dilemas de la diferencia
GIOCONDA HERRERA 22

HISTORIA Y CONFLICTO



¿La historia de límites o los límites de la historia?
ALICIA TORRES 29

La paz: una rectificación de equívocos
CARLOS VITERI 36

COMUNICACION Y CIUDADANIA

Ciudad, espacio público y comunicación
DORTE WOLLRAD 46

Ciudadanía: una cuestión de mediaciones
MARENA BRIONES 54

DIALOGOS



El Perú de Fujimori: entrevista a David Scott Pallmer
FELIPE BURBANO 61

FRONTERAS

Vuelve la crisis económica y de paradigmas
LUIS FIERRO 70

Los contrastes de Amartya Sen
MARK SAINT-UPERY 79

Pinochet: Más temprano que tarde
ANIBAL QUIJANO 92

ENSAYO



Fragmentos, rupturas, traiciones
JAVIER PONCE C. 101

RESEÑAS

Reseñas bibliográficas:
- Ciudadanía multicultural
- Emancipación y diferencia
- Creer que se cree
- Los fines de la historia
- La sociedad sin hombres
- Socialismo para escépticos
111

MAS TEMPRANO QUE TARDE

Aníbal Quijano
Escritor peruano

El golpe militar encabezado por Pinochet el 11 de setiembre de 1973, no fue el primero de su carácter, ni el más duradero. Ya desde 1964 los militares brasileños impusieron una dictadura represiva durante 20 años. Ni el más bestial: en 1966, los militares de Indonesia comandados por el General Suharto asesinaron a más de medio millón de gentes apenas en los tres primeros meses de una larga y sangrienta dictadura que aún no termina. Y los militares argentinos, tras el golpe de 1976, practicaron contra su pueblo actos aún más despiadados que sus pares chilenos.

El heraldo más negro

Empero, tiene un lugar especial en esa siniestra lista: en América Latina y más allá, fue percibido y sentido como el heraldo más negro de la entrada de un período contrarrevolucionario del capitalismo contra las luchas de los explotados y dominados por la redistribución del poder y de los recursos de la sociedad.

La vieja astucia de la historia ha colocado nada menos que al mismo Pinochet como personaje de este nuevo escenario histórico. Juzgado delante del propio tribunal de la historia, su humillación mundial es el signo de un tiempo nuevo

¿Por qué?

El gobierno de Salvador Allende era no solamente la paradoja de un gobierno identificado como socialista y elegido según las reglas del liberalismo. Más que eso, era el primero y el único en todo el mundo que procuraba realizar el singular programa que había sido su propuesta electoral: la redistribución socialista del poder político y de los recursos de la sociedad usando los instrumentos de la propia legalidad burguesa, es decir sin violencia y, en consecuencia, de manera gradual, aunque, a largo plazo, radical. El golpe de Pinochet hizo imposible ese camino. Pero el allendismo ya había concitado entre los explotados de Chile y del mundo esperanzas de una historia distinta a la del "socialismo realmente existente" en los países de la órbita estaliniana.

Por eso, el golpe de Pinochet

no sólo significó la derrota de un gobierno elegido y el bloqueo de un proceso de reformas del poder. Fue, sobre todo, sentido por una vasta proporción de gentes de todo el mundo, no sólo de los explotados, como un golpe contra una esperanza con genuino y propio resplandor. En el imaginario de esa gente y de ese tiempo, la derrota del gobierno de Allende llegó a tener el significado histórico que la derrota de la República Española tuvo para la generación de Vallejo y para las que llegaron después hasta la 2ª. Guerra Mundial. Eso explica hoy la conmoción mundial con la prisión de Pinochet en Inglaterra. ¿O hay alguien que imagine que la conmoción hubiera sido igual si fuera Stroessner quien ocupara ese lugar?. Y explica también el carácter del renovado enfrentamiento político y social en Chile. No hay cómo no ver en las pantallas de la televisión la radical



distancia social entre las gentes del Barrio Alto de Santiago, momios en el diccionario político chileno, gritando con la cara crispada de furia por la prisión de su héroe, y las de los barrios populares, los conocidos rotos, que celebran esa prisión como el comienzo del castigo a su torturador.

Terrorismo de Estado, genocidio y torturas: no guerra civil

Dado ese carácter del allendismo no es únicamente falaz decir como los momios chilenos (que tratan de "justificar" lo que sería absurdo negar y en definitiva contraproducente para sus intereses), que las decenas de miles de víctimas de asesinatos, de torturas y de prolongadas prisiones extrajudiciales durante el pinochetismo, fueron parte de una guerra civil. Es una básica y deliberada distorsión de la historia, una típica bellaquería política de quienes consideran naturales y legítimas la desigualdad social, la explotación, la dominación, la discriminación (el hijo de Pino-

chet expuso frente a las cámaras su propia tesis: las víctimas se lo merecían porque eran bestias). No hubo, porque no estaba ins-

Es falaz decir que las decenas de miles de víctimas de asesinatos, torturas, etc., durante el gobierno de Pinochet fueron parte de una guerra civil

crita en el carácter del allendismo, ninguna guerra civil.

Durante el gobierno de Allende, la abrumadora mayoría de la población y todas las organizaciones políticas agrupadas en la Unidad Popular eran contrarias a la "lucha armada" y a la violencia en la disputa del poder político. En la primera página de El Siglo, periódico del PC chileno, el titular decía casi a diario "NO A LA GUERRA CIVIL". Esa persistente postura le ganó incluso un conflicto público con Fidel Cas-

tro. Y la presión del ala izquierda del PS - "avanzar sin transar" - lo que buscaba era acelerar la transferencia de propiedades y de mecanismos de control económico y político hacia las organizaciones de trabajadores y, aunque sea sorprendente, sin salir de la legalidad. Solitario y minoritario, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) era partidario de la vio-

lencia armada. Pero no era parte sino crítico de la Unidad Popular. Y era demasiado pequeño y sobre todo sin efectivo proyecto estratégico.

Por buenas y por malas razones, la izquierda chilena se había educado en lo que todos los observadores extranjeros identificaban como el mito de la legalidad. Semejante mito es casi imposible en los demás países latinoamericanos. Su presencia en la intersubjetividad de los chilenos da cuenta de que allí la legalidad y la institucionalidad democrático-liberales eran reales y permitían el ejercicio efectivo de la ciudadanía nacional (salvo para los mapuches, por supuesto). Ese rasgo de la vida política chilena, era el resultado de prolongadas luchas de los trabajadores explotados y de gran parte de las capas medias, atravesando algunas sangrientas masacres como las de miles de trabajadores del salitre, y las frecuentes represiones sobre los mineros del cobre y los campesinos. Y desde el régimen del Frente Popular, de los años 30, era la expresión de una transacción política: los trabajadores

postergarían sus luchas por la revolución socialista a cambio de que sus organizaciones sociales y políticas, así como la negociación real de sus demandas, fueran constitutivas del cuadro institucional del Estado. La burguesía fue forzada a esa concesión frente a las poderosas movilizaciones que llevaron al gobierno de Pedro Aguirre Cerda. Pero no le fue mal en el trato. A diferencia de las burguesías oligárquicas de todos los demás países, la chilena aprendió en esos años de crisis mundial del capital, que una sociedad y un estado nacionalizados, esto es, democratizados en los límites del liberalismo, eran la condición de un dominio estable, de una hegemonía duradera y, en consecuencia, de una acumulación estable. Ni siquiera el golpe militar del General Ibañez y sus persecuciones políticas anticomunistas pudo desmontar la urdimbre social así constituida. La imagen internacional de Chile se cubrió de un halo de modernidad, de estabilidad institucional y de democracia. Eso explica que la mayoría de los organismos internacionales de América Latina, después de la IIa. Guerra Mundial, tuvieran sede en ese país. El golpe de Pinochet hizo trizas esa imagen. La duradera estabilidad de esa institucionalidad liberal, comparada con la de los demás países latinoamericanos, llevó a la mayoría de los chilenos, de las capas medias en especial, a mitificarla hasta concebirla como virtualmente invulnerable. De allí la cuasi absoluta certeza de los dirigentes principales de la Unidad Popular y de la gran mayoría de los chilenos, a pesar de todas las evidencias en contra, de que no habría ningún golpe militar - las FFAA son "profesionales" y "estamos en Chile", era la

frase familiar - y de que si llegara a haberlo sería un "golpe blanco", como gustaban decir los chilenos, que inmediatamente entregaría el gobierno a la Democracia Cristiana.

Una anécdota ilustra casi gráficamente la vigencia de ese mito de la legalidad entre los chilenos. En una noche de comienzos de diciembre de 1973 están reunidos en casa de un amigo mexicano los primeros exilados que llegaban saliendo de las Embajadas de México y Panamá. La discusión era muy fuerte y el tema principal era la atribución de responsabilidades por la derrota. Poco después de la medianoche llega un compañero que comunica que la casa de Fulano de Tal ha sido confiscada en Santiago. El que había sido hasta el golpe Director del Centro de Estudios Socio-Económicos de la Universidad de Chile (CESO), que participaba en esa reunión, salta como movido por un resorte y grita: "¡Pero eso es ilegal!". Pocos segundos después una carcajada unánime reintroduce la realidad en la reunión.

No fue, sin embargo, sólo el mito de la legalidad lo que paralizaba a las masas chilenas de trabajadores y a sus organizaciones sociales y políticas frente al ostensible despliegue de los preparativos para un golpe militar. Fue también, de un lado, la repulsa real a la violencia entre la mayoría de los líderes de la Unidad Popular, Allende en primer lugar. Y, del otro, el realismo de admitir que, puesto que no estaban preparados para una respuesta militar organizada frente a un golpe que tendría todo el apoyo material y político de Estados Unidos y de todo el bloque imperial, la resistencia implicaría una guerra civil probablemente perdida, que provocaría un gran número de vícti-

mas y una dictadura demasiado larga. Se sabe que ese era, exactamente, el razonamiento de Allende cuando decidió en contra de la resistencia militar organizada. La experiencia de la guerra civil española con su millón de muertos y la prolongada duración del franquismo, era lo que explícitamente invocaba.

El Allendismo y la Unidad Popular, expresiones ceñidas del ánimo de la mayoría de la población chilena que se veía representada en ese régimen, apostaron así a la "vía chilena" y perdieron frente a la brutalidad, a la violencia y a la ilegalidad de sus enemigos, la burguesía chilena, la burguesía imperial y sus



fuerzas armadas (1). La burguesía es siempre, en todas partes, la primera en violar lo que se llama la "legalidad burguesa". Eso indica que se trata de un concepto que distorsiona la naturaleza de la realidad. Siempre, en todas

partes, esa legalidad no la establece, ni defiende, la burguesía. En el reino del capital, toda legalidad democrática existe porque la burguesía fue obligada a admitirla frente a las luchas de los explotados y de sus asociados. Pero no la mantiene sino hasta tanto sirva como un escudo para defender su control del poder. Pregúntenselo a Fujichet. Por todas esas determinaciones, la "vía chilena" implicaba una perspectiva y un horizonte estructuralmente distintos a las experiencias cubana, rusa, china o yugoeslava. Es torpe el intento de los pinochéticos el de querer hacer creer que el gobierno de Allende se dirigía a convertir Chile en otra Cuba, etc., etc. No era de modo alguno accidental que una parte muy grande de los explotados chilenos y la mayoría de las capas medias asociadas, estuviera organizada en el Partido Socialista Chileno, por definición adversario del estalinismo, ni que el propio PCCH, a pesar de toda su dependencia del estalinismo, no pudiera jamás soltarse de las marcas de su origen: los trabajadores chilenos ya eran socialistas revolucionarios desde 1912, mucho antes de la captura bolchevique del poder de los trabajadores rusos.

Ya bajo la malla represiva del golpe militar de Pinochet, pocas y mal preparadas gentes intentaron resistir aislada y dispersamente. Fueron muy pronto eliminadas. Pero el pinochetismo, sus asesinatos, las torturas, las prisiones injustificadas, duraron 18 años. Es obscuro decir que eso fue una guerra civil. Por eso, es definitivamente exacto el juicio del tribunal de la Cámara de los Lores: no se puede considerar actos de jefe de estado, el genocidio, la tortura, el terrorismo de estado. Y esos son los de-

litos por los cuales el Ministro del Interior inglés decidió que la extradición de Pinochet, era procedente.

La cuestión de la soberanía nacional

La coalición gobernante en Chile (Democracia Cristiana, Partido Socialista y Partido por la Democracia, PPD) ha reaccionado negando autoridad a todo tribunal no-chileno para enjuiciar a Pinochet, invocando la soberanía nacional y la correspondiente territorialidad de la jurisdicción. En esa postura existe, sin duda,

La lucha por conquistar la distribución democrática es lo que da sentido a las luchas mundiales por la nacionalización y democratización de la sociedad

un claro consenso entre los miembros de esa coalición, a pesar de sus diversos y aún opuestos juicios sobre Pinochet. Esta no es una cuestión simple. Pone en primer plano, de una parte, la relación entre el mundo capitalista y el estado-nación, especialmente en un punto crucial: la experiencia de los últimos doscientos años muestra que allí en donde logró ser realmente constituido un estado-nación, el proceso permitió el mantenimiento del carácter capitalista de la sociedad, pero asociado a una relativamente importante democratización del control de recursos de producción y de la generación y control de los mecanismos e instituciones del po-

der político. Por eso, los trabajadores pudieron hacer conquistas importantes y la ciudadanía fue asociada al Estado Benefactor (Welfare State).

En un mundo capitalista basado en la colonialidad del poder, esto es en la clasificación racista-etnicista de las gentes como piedra fundacional de la estructura de poder, sólo en los centros de poder de los grupos burgueses mundialmente hegemónicos pudieron ser plenamente consolidados tales estados-nación, gracias, precisamente, al despojo de los trabajadores del resto del mundo de todo acceso a una distribución democrática de recursos, productos y derechos políticos. Y es la lucha por conquistar esa distribución democrática lo que da sentido a las luchas mundiales por la nacionalización-democratización de la sociedad. Sobre todo desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, tales luchas lograron conquistar espacios importantes, aunque de modo alguno profundos, ni estables.

Ese es el núcleo central de la cuestión nacional en América Latina: la clasificación racista-etnicista de la población, debido a lo cual el proceso de nacionalización de estas sociedades y de sus estados no ha podido ser conseguido sino de modo parcial y precario, porque esa clasificación de las gentes en el poder bloquea todo el tiempo la democratización de las relaciones entre las gentes en la vida diaria y en el nivel societal. Es decir, la ciudadanía de todos los habitantes de un determinado espacio de dominación delimitado en torno de un estado. Sólo una radical descolonización del poder resolvería ese problema. Y no es probable que eso pueda ser alcanzado en las instituciones del estado-nación, ni en las condicio-

nes del capitalismo.

En Chile no ocurrió ninguna descolonización del poder, sino una relativa homogenización "racista-etnicista" por el cuasi exterminio de los "indios". Esa cruel historia de "solución final" en lugar de una descolonización del poder, generó de todos modos el espacio dentro del cual los trabajadores chilenos pudieron conquistar ciudadanía nacional relativamente estable. El mito de la legalidad en Chile no tiene ninguna explicación diferente.

De otro lado, sin embargo, esa cuestión pone también en primer plano el carácter contrarrevolucionario del actual proceso de "globalización" del mundo capitalista. Porque el cuasi absoluto dominio de un capital financiero de rasgos predatorios en la economía y el de unos pocos centros estatales convertidos en bloque imperial-global en las relaciones políticas globales, para ser reproducidos requieren de todos modos la reducción o aún la simple destrucción del carácter nacional de los demás estados, es decir de los márgenes de democratización del control de recursos y del estado. Este capitalismo globalizado requiere hoy más que antes del estado. Pero lo menos nacional posible. Esto es, lo menos democrático posible. Esa es la condición de la exclusión social creciente en el mundo, de la polarización social extrema. Esos son la razón y el carácter del fujimorismo, por

ejemplo. Lo notable de eso en el caso de Chile y de Pinochet es que fue, precisamente, con su golpe que se inicia en América Latina el proceso de des-nacionalización o des-democratización de la sociedad y del estado. Para partir, aunque el golpe fue opera-



do, principalmente, por las FFAA chilenas al mando de Pinochet, fue orquestado, financiado y sostenido por Estados Unidos. En segundo lugar, el "milagro chileno" no fue producido por ningún privilegiado carácter nacional, sino como parte de una geoestrategia global de los centros dominantes de poder del capita-

lismo, como en Corea del Sur, en Taiwan, en Japón y posteriormente entre los otros "tigres asiáticos" dentro de las necesidades de la guerra fría. En Chile fue la respuesta contrarrevolucionaria al desafío del socialismo allendista. Tercero, por eso mismo,

tiene poco sentido hablar de un capitalismo nacional chileno en un período en el cual el capital que allí opera es internacional y el Estado chileno es solamente uno entre los varios organismos supranacionales que gobiernan la economía en ese país, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, la Organización Mundial del Comercio, entre otros. Probablemente, sin embargo, su exitoso manejo terminada la dictadura pinochetista, no hubiera sido posible sin el previo proceso de nacionalización-democratización de la sociedad y del estado. De otro modo, Bolivia, donde se sucedieron dic-

taduras igualmente sangrientas, o Haití, habrían sido también sedes de otros "milagros". Y eso es también lo que ahora permite a los capitalistas apoyarse en el Estado chileno para ampliar su radio de dominación sobre el comercio, las finanzas y el transporte pesado de buena parte de los países vecinos.



Si no sólo los pinochetistas abiertos y confesos, sino también los partidos de la coalición gobernante, insisten en que el juicio a Pinochet fuera de Chile es una agresión a la soberanía nacional de su país y que debe ser enjuiciado, dos cosas quedan al descubierto: 1) un intento de chantagear a los explotados y dominados de ese país con la memoria del pasado pre-Pinochet, que produjo no solamente el mito de la legalidad, sino también el conocido chauvinismo de la propia izquierda (recuérdese que fue nada menos que el MIR el que, frente a las reclamaciones de Bolivia y la astuta propuesta del dictador peruano Morales Bermudez sobre un corredor internacional en Arica, sostuvo públicamente que no debería cederse tierras conquistadas con sangre de obreros chilenos). 2) la hipocresía de pretender que el despiadado tirano pueda ser juzgado en Chile, a sabiendas de que la Constitución, los actuales

tribunales y la composición del congreso fueron impuestos durante el pinochetismo, precisamente para protegerse contra esta clase de giros de la historia. Dentro del capitalismo globalizado, las luchas por la nacionalización de la sociedad y del estado pueden ser aún un modo de defender los derechos de trabajadores bajo el dominio del capitalismo y una trincherera de defensa de la democracia liberal frente a pinochetismos y a fujimorismos. Pero en adelante, las luchas por la nacionalización consistirán, como ya cada vez más, en el camino de democratización radical de las sociedades, de la destrucción de la actual colonialidad del poder, de la constitución de instituciones de control directo de la autoridad por los trabajadores.

Más temprano que tarde

Así como el golpe de Pinochet fue el heraldo más negro de la llegada de un período contrarre-

volucionario del capitalismo, en la actual prisión y enjuiciamiento del ex-tirano también es visible el signo de un cambio significativo en la dirección de los vientos de la historia y en particular el de las luchas entre los capitalistas y los trabajadores de todo el mundo.

La prensa del mundo se ha llenado de referencias a la coincidencia de la prisión de Pinochet y el 50º aniversario de la Declaración de los Derechos Humanos. Y está bien festejarla. Sin olvidar que los Pinochet, los Suharto, los Videla, etc., etc. han convivido largamente con el celebrado texto.

La pública humillación mundial de Pinochet y de sus seguidores no hubiera sido, obviamente, posible si en el lugar de Blair estuviera Thatcher, la misma que condujo la primera etapa de la contrarrevolución mundial que impuso la manera actual de la globalización y el neoliberalismo, la "dama de hierro" que dejó morir presos irlandeses en huelga de hambre. Pero no es accidente electoral que esté Blair en el gobierno, vencedor por una avasalladora mayoría contra el candidato del tatcherismo. Así como no lo es que sean de nuevo socialdemócratas los gobiernos de Alemania, de Francia, de Holanda, de Suecia, de Italia, de Portugal y que el de Asnar en España tenga al frente a la mitad de los electores alineados detrás del PSOE.

La presencia de la socialdemocracia europea en el gobierno no es solamente señal del agotamiento de la hegemonía del neoliberalismo en todo el mundo. Cada uno de esos gobiernos sigue a nuevas y amplias movilizaciones de millones de trabajadores en casi toda Europa, que en los años recientes tumba-

ron los gobiernos de Berlusconi en Italia, de Balladour en Francia, de Chernomyrdin en Rusia, así como a casi todos los gobiernos neoliberales de los países de Europa del Este. Las gentes que marcharon en las calles europeas en los años 60s. y 70s., primero por la esperanza de otra sociedad y más tarde contra las bárbaras formas de la contrarrevolución mundial, están llegando al gobierno. Jack Straw, el Ministro del Interior de Inglaterra que decidió la pertinencia de la extradición de Pinochet, no es socialista, ni siquiera un socialdemócrata moderado como Blair. Es un liberal. Pero él estuvo entre esas gentes.

De otra parte, ahora son continuas grandes movilizaciones de trabajadores en Indonesia, en Malasia, en Corea del Sur, en Nigeria, en Chile, en Bolivia, en Argentina, en Brasil, en México, en Venezuela, en Ecuador. En Estados Unidos, una vasta corriente de trabajadores, New Voices, ha conquistado la dirección de la AFL-CIO contra la corrupta burocracia de George Meany, agente y cómplice del neoliberalismo en el sindicalismo de ese país. La nueva dirección plantea el retorno de los sindicatos a la lucha por el empleo, el salario, políticas públicas de bienestar social y para eso a una activa participación política de los sindicatos con las banderas de la democracia social y política. Los trabajadores de la United Parcel Service lograron ganar su programa de reivindicaciones con una larga huelga, como no ocurría en ese país desde hace casi 20 años!. Inclusive en el Perú, después de casi una década las combativas marchas de trabajadores y de jóvenes estudiantes, en todas las ciudades del país, reclamando empleo, salarios, derechos democráticos, la emergencia de un

movimiento de las provincias contra el centralismo fujimorista, marcan el fin del dominio de la quimera neoliberal en el pueblo peruano y quizás el fin de este largo callejón oscuro contra los explotados y dominados peruanos.

Hemos ingresado, fuera de toda duda, en un período de grandes tormentas históricas a la escala global del mundo capitalista. Las crisis financieras del Asia, de Rusia, de Brasil, de México y la que amenaza a Estados Unidos, aparte de mostrar el insostenible carácter predatorio del actual capital financiero, muestra también que son a cuchillo las disputas por la hegemonía sobre el capitalismo global. Si no logran pronto algún nuevo mecanismo de regulación de sus conflictos, los capitalistas del mundo se encontrarán de nuevo letalmente enfrentados. De otro lado, la formación de un nuevo y heterogéneo proletariado mundial y la desintegración parcial de las capas medias, el desempleo mundial creciente debido al agotamiento del eje salarial de articulación del dominio del capital sobre todas las formas del trabajo, el desengaño relativamente rápido con la quimera del neoliberalismo, están llevando a la pronta y masiva reconstitución de los organismos de lucha del trabajo contra el capital, en todo el mundo.

En el "centro" del capitalismo mundial, más allá de la ideología política formal de los nuevos liderazgos recientes, la necesidad de reconquistar lo perdido en estos espantosos años, empleo, salario, servicios sociales, ciudadanía cotidiana, empuja a todos los explotados y dominados del mundo a la lucha por una nueva representación en el Estado, como en el caso del New Voice en los Estados Unidos, que

reclama explícitamente otro New Deal. En el resto del mundo, para esos mismos propósitos y necesidades, precisamente porque la plena nacionalización y democratización de sociedades y estados no fue, ni será, posible, ni la ciudadanía puede ser algo más que el derecho a votar por alguno de los dominadores, debido a la colonialidad del poder capitalista, no hay camino eficaz distinto que la lucha contra el poder del capital.

Ya hemos comenzado ese período. Parecía imposible, pero la vieja astucia de la historia ha colocado nada menos que al mismo Pinochet como personaje de este nuevo escenario histórico. Juzgado delante del propio tribunal de la historia, su humillación mundial es el signo de un tiempo nuevo. Por eso, en las calles de Santiago, detrás de la furia de los momios se agazapa el temor por el poder reconquistado. En el alborozo de los rotos, en el de todos nosotros, ingresa otra esperanza: lo que parece imposible es realizable. A desalambrar!

Notas:

(1) Sobre mi evaluación de la "vía chilena" meses antes del golpe ver: Quijano, A., La "vía chilena" dos años después. En: SOCIEDAD Y POLITICA, No. 2, noviembre de 1972.